
Ayuntamiento de Cádiz


UMASS
BOSTON

EL PENSIL DE IBERIA.

PERIÓDICO DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y TEATROS.

2.ª ÉPOCA. MIÉRCOLES 30 DE SETIEMBRE DE 1857. NÚM. 27.

EL TALENTO.

El talento es una eminente cualidad que honra y enaltece al hombre; pero á condicion de estar unido á la virtud, de tener por guia la conciencia.

Reunidos el talento y la conciencia, producen las grandes obras y los grandes hombres que ilustran á la humanidad.

Sócrates, Galileo, Bartolomé de las Casas, Fenelon, Jovellanos, Argüelles, Quintana y otros, cuyo catálogo por desgracia no es largo, en diversas épocas y por varios títulos, pueden servir de sublimes ejemplos del divino consorcio del talento y la virtud.

Marchando guiados por la clara luz de sus fecundos génios, y marchando por el camino recto, aunque áspero y peligroso del bien, objeto superior de sus obras, sin apartarse un momento de las severas prescripciones de la moral que predicaban, y á fuerza de despreciar los tentadores halagos de la corrompida sociedad, llegaron á alcanzar los sinceros aplausos de la multitud por ellos ilustrada, por ellos y por sus obras moralizada y enriquecida.

Elocuentísimas pruebas de la alteza del talento y de la bondad de la ambicion, cuando la conciencia ilustrada preside y dirije sus obras.

La verdad de lo que acabamos de decir la reconoce todo el mundo, y sin embargo, es tal el brillo deslumbrador de que el talento sabe rodearse, es tal la influencia del génio descollando sobre la atónita muchedumbre, que se olvidan, cuando debieran tenerse mas presentes, los medios porque llegó á la cumbre, y sobre todo el objeto á que se consagra el fin que se propone.

¡Cuántas veces las seductoras formas de que el talento reviste sus obras, no son mas que un dorado caliz, que sirve á ocultar el letal veneno!

Desgraciada sociedad aquella en que el talento ejerce mas influencia que la virtud.

El talento sin rectitud de miras, es una verdadera calamidad pública.

El genio puesto al servicio de una egoista ambicion, de esas que consideran ideas, hombres y cosas, como medios que bien esplotados pueden facilitar su elevacion, es el elemento mas disolvente, inmoral y corruptor que puede amenazar á las humanas sociedades.

Por desgracia esta clase de talentos, estas naturalezas abortadas, incompletas, á las que falta la mas pura esencia del alma, la conciencia, abundà en los calamitosos tiempos que atravesamos, y creemos no ecsagerar diciendo que compone la mayoria de los hombres que dascuellan por la superioridad de su inteligencia.

El estímulo que les dá la sociedad tiende á aumentarlos y desarrollarlos.

La inmoralidad impune, triunfante, encuentra casi siempre mejor acojida que el talento, que la honradez modesta y consagrada al bien.

Por reprobados que sean los medios de que se sirve, el egoismo que puede ocultarse tras de un velo de oro está seguro de pasar por todo lo grande, bueno y noble que hay en la tierra.

¡Qué talento tiene! ¡Qué diestro es! ¡ese lo entiende!..

Estos son los epitetos lisonjeros que dá el mundo al que sabe elevarse por la astucia sobre la agena miseria, sobre la cándida y esplotada ignorancia.

Con tal que llene las formas legales, que cubra las apariencias, lo demás nada importa. La sociedad reserva todo su desprecio para los caidos, que generalmente califica de tontos.

La sociedad ofrece estímulos irresistibles á las ambiciones egoistas y desenfrenadas.

Donde estos peligrosísimos caractéres se desarrollan en mayor escala, produciendo increibles monstruosidades de falsedad é hipocresía, es en aquellas funciones sociales en que la base de la fortuna es el crédito, ó lo que es lo mismo, la buena opinion, el buen concepto entre gran número de personas, como por ejemplo en el comercio, en la política y en la literatura, palenques en que el triunfo conduce á la opulencia, y con ella á la satisfaccion de todas las pasiones. A él se lanzan las insaciables ambiciones, los desordenados apetitos, las audacias inauditas de las grandes inteligencias, faltas de corazon y de los tiernos sentimientos que atemperan aquellas, conduciendo á nobles fines sus ardientes trasportes y vehementes deseos.

En el palenque literario son mas lamentables los estragos que causa esta clase de talentos.

En el comercio como en la política, solo en la esfera de los hechos, por regla general, se deja el mal sentir directamente. La moral sufre los golpes; pero individualmente y como de rechazo. En la literatura el mal es moral, se dirige al alma, corrompe

...a las inteligencias, ahoga en los ...ciones mas tiernas, los mas genero-...s.

...or que adula y esplota las preocupasiones de los pueblos, que preconiza las bárbaras costumbres, halagando la ignorancia á costa de la cual se crea una reputacion y una fortuna, es un criminal repugnante, es un envenenador público; es un talento tanto mas pernicioso, cuanto mas grande sea su elocuencia, mas elevadas, mas atractivas las formas de que revista sus ideas.

¿Qué son comparados con los males que él produce, la tiranía de los déspotas y los estragos de la guerra?

La conciencia debe estar siempre en guardia contra las seducciones del talento, y al través del vistoso follage de que rodea sus creaciones, buscar con cuidado la intencion que las dicta, el pensamiento que desenvuelve, el objeto que se propone.

Pensemos que vale mas la verdad en tosca forma envuelta, que en elegante y artístico vaso el funesto error.

Admiremos el talento: pero pidámosle cuenta de sus obras.

Y piensen los escritores que no es la fortuna, sino el bien, la justicia, la moral, lo que deben buscar antes que todo con sus concepciones.

Mas vale ricos de alma aunque pobres de bienes mundanos escribir un *Quijote* en la cárcel de Argamasilla, que bajo dorado techo apologías de necios enaltecidos, de malvados vencedores, de hipócritas corrompidos.

FERNANDO GARRIDO.

CUADROS DE COSTUMBRES CONTEMPORÁNEAS.

III.

Pareciame hallar en Alberto (este era el nombre del jóven artista, á quien á la sazon daba el dulce título de amigo) apesar de su escelente organizacion intelectual y de su gran corazon, por efecto tal vez de estas mismas circunstancias, una cualidad, que sin saber esplicarme el por qué me contrariaba estraordinariamente, y era una calma imperturbable que jamás le abandonó, no obstante verle empeñado por distintas veces en acaloradas discusiones: lo que si bien patentizaba la sublimidad y grandeza de aquella alma estóica, y el ilimitado predominio que sabia ejercer sobre si misma, revelaba á mi modo de ver, un cierto indiferentismo hácia todo lo que no fuera *gloria y ambicion*, que le hacia inaccesible á todas las emociones tiernas y afectuosas.

Esto, que á no dudarlo, hubiera ecsasperado el amor propio de una muger vulgar, sirvió por entonces de barrera á los fervientes impulsos de mi corazon: de mi corazon, que esperimentaba una sed ardiente é inestinguible de amor, una sed que le devoraba sin satifacerse jamás.

Alberto amaba las flores, y como yo desease vivamente darle un pequeño testimonio de mi adhesion sin alarmar su susceptibilidad, elegí una de las mas bellas celindas que adornaban mis cabellos, y se la ofrecí con la mayor sencilléz al tiempo que él las admiraba; aceptóla, empero dejando escapar una esclamacion de sorpresa, que resonó en lo íntimo de mi corazon; ruboricéme involuntariamente, sin poder hallar la satisfactoria solucion del enigma; no bien me repuse, creí haber sido víctima de un error de mis sentidos; puesto que á él no podia ni debia sorprenderle aquella inocente prueba de amistad, que por otra parte tenia derecho á esperar de mí.

Partiendo de este principio, incurrí en el delito de reincidencia, y al inmediato dia pude hallar una flor aun mas bella y aromosa que ofrecer á mi amigo, pero esta vez no me cupo duda; la esclamacion se repitió con mas fuerza si se quiere, y un ligero carmin coloró momentáneamente sus pálidas mejillas en términos que me apercibí de ello al través de las sombras en que aparecia envuelta la estancia en que nos encontrábamos: yo me sonrojé aun mas que la víspera, pareciame haber cometido una accion culpable, por la que me reprendia interiormente con acritud.

En breve restableciose la calma en nuestras relaciones volviendo al corazon la dulce paz interrumpida, y yo, á querer persuadirme que no habia visto ni oido nada, que todo ello habia sido una ilusion de mi acalorada fantasía, pues deseaba ardientemente que asi fuera para entregarme á los goces de la amistad pura y espresiva, sin mas reserva que la que aconsejaba el buen criterio por el decoro de ambos.

Por último, atormentado mi espíritu por una sensacion dolorosa y desconocida para mí, cometí la imprudencia de dar á Alberto, una tercera prueba de mi amistad simbolizada en otra flor que llevaba prendida en el seno, y en cuya eleccion aun estuve mas feliz que en los dias anteriores: ¡Oh! Dios mio!.... Dios mio!.... entonces no podia equivocarme sobre la esactitud de mis observaciones! una esclamacion repentina exhalada del fondo del alma, y precedida de un violento y significativo ademan de repulsion confirmaban plenamente mis temores; aquella manifestacion fué brusca y pasagera, pero clara y positiva, aquel rostro apacible y hermoso, se turbó por algunos instantes, aquella severidad estóica se alteró visiblemente; era pues, un hecho indudable que aquella naturaleza privilegiada, sufrió un desquilibrio momentáneo: el dardo habia sido lanzado inocentemente con mano certera, y aquel pecho diamantino debia rechazarlo hasta hundirlo despiadadamente en el tierno corazon del enemigo.

Era, pues, un hecho que ó Alberto me amaba, ó se creia amado; en ambos casos, era una horrible desgracia, una desgracia que me anonádaba; convencida de esta verdad, me resigné segun tenia de costumbre á sofocar todos los impulsos de mi corazon, y á no darle jamás ni la mas leve muestra de mi afectuosa deferencia y esperar los acontecimientos.

En aquella absoluta reserva que me habia impuesto, y que constituia mi mas cruel suplicio, me proponia en primer lugar que si Alberto me amaba, se contuviese como lo aconsejaba la prudencia, á falta de un momento favorable en que hacerme una declaracion: y en segundo, si se juzgaba amado, procurase desechar de su mente aquella funesta ilusion, cual un mal pensamiento, por lo que estaba resuelta á no hacer en lo sucesivo ninguna otra demostracion que lo justificase.

Cuanto mayor era la privacion, tanto mas se acrecentaban mis deseos de dar á mi amigo inequívocas muestras de simpatia: ora me daban vehementísimos impulsos de poner á sus órdenes todo cuanto poseia, ora pareciéndome todo ello mezquino, maldije una y mil veces á la suerte por no haberme lanzado bajo el sólio que tanto aborreciera, con tal que hubiese oprimido mis sienes una magnífica diadema de brillantes, solo para tener el inefable placer de arrojarla á sus plantas.

Mal podria ocultarse á la estraordinaria penetracion de Alberto la lucha que sostenia mi espíritu, cuando esta era de tal naturaleza que alteraba visiblemente mi salud; ante aquella inteligente y escrutadora mirada, que leia en el fondo de mi corazon cual si se hallase espuesto bajo un fanal, fracasaba toda mi astucia, y desaparecia todo mi disimulo: con él todo aquel fingimiento fué completamente

inútil, y produjo un resultado distinto del que yo esperaba.

Prodigábame Alberto tales atenciones que no podia menos de comprenderlas; y poseia una tan graciosa delicadeza para prodigarlas, que me hubiera sido imposible desentenderme de ellas; así es, que yo las acogia con vivas demostraciones de gratitud.

El tiempo volaba con la celeridad de un meteoro, y yo veia con pavor aprocsimarse la hora en que debia Alberto abandonar nuestra capital, no obstante que él sabia hallar nuevos y plausibles motivos que justificasen su demora.

Mi esposo por el contrario, deseaba con ardor que se verificase cuanto antes la partida de Alberto, cuyas ideas aborrecia de muerte, como en abierta oposicion con las suyas: y contra el cual albergaba á la sazon las mas ridículas prevenciones, segun acontece á la mayoria de los ignorantes al juzgar á los hombres de génio; como las de suponerle capaz de entregarse á los mayores escesos, y de cometer todo género de tropelias, llevando su temeridad hasta manifestarme sus temores de que comprometiese la tranquilidad de nuestro domicilio, la presencia en él del referido jóven, por lo que me rogó que le despidiese, en distintas ocasiones á lo que me negué resueltamente, haciéndole ver lo absurdo de su conducta.

Yo olvidaba con frecuencia mi papel de indiferente, para abandonarme á suavísimas emociones, que me produjeran las inumerables finezas de que era objeto por parte de mi amigo.

Insensiblemente se debilitaban mis fuerzas, y mi voluntad, antes tan poderosa flaqueaba porque toda el alma vivia en él y para él.

Para mí ya no era un secreto que él me amaba, pero jamás me hubiera atrevido á confesármelo á mí misma: yo por mi parte le correspondia con amor sublime, puro y espiritual, para confusion de los materialistas, un amor semejante á aquel que el Ser Supremo debió arrojar sobre los ángeles, mas... ¡Oh! fatalidad! aquel amor emanado de Dios, santificado por Dios, y bendecido de Dios, era un amor criminal, porque no era mi esposo el objeto amado, y porque el hombre que me inspiraba aquel amor no me pertenecia y la sociedad me negaba el derecho de amarle: y yo debia por tanto sonrojarme de sentir en mi corazon aquel fuego celeste, ante todos los hombres incluso aquel que lograra inflámarlo, mientras podia vanagloriarse de él ante el Dios universal que me lo concediera.

Un dia en que se aprocsimaba demasiado la partida de Alberto, tuvo lugar entre nosotros el siguiente diálogo, que te referiré sin omitir una sílaba, por hallarse una por una esculpidas en mi memoria con caracteres indelebles.

—Me es forzoso anunciaros con harto dolor, ¡oh amable Luisa! que se acerca por momentos el término fatal en que debo renunciar á vos para siempre... al incomparable placer de consagraros estos dulces instantes.

—Alberto!... Alberto!.... me fué imposible proseguir, me embargaba cruelmente la emocion.

—Luisa! Luisa! por piedad ¿qué teneis? esclamaba Alberto, con una voz tan dulce, que parecia salir de su corazon, para introducirse en el mio.

—Nada, absolutamente nada, tranquilizaos, mas... procurad si os es posible dilitar algunos dias vuestra partida ¡es tan triste perderos!....

—¡Señora!... que decís? será cierto que...? Cielos! soy un insensato! perdonadme, señora, soy el ser mas desdichado que pisa la tierra.

—Nada temais, amigo mio: depositad vuestras penas en el seno de la amistad mas pura.

—Gracias, querida amiga: meditad lo que voy á deciros: dentro de breves dias, por razon que ignorais, y que no debo revelaros, me veo forzado á salir no solo de la capital, sino de la Península.... acaso para no volver jamás... ¿me comprendeis?

—¡Imposible! no seriais tan cruel para con vuestros amigos.

—Pues bien, suponed por un momento, que no fuera indispensable mi partida; es igual toda vez que me está vedado, el frecuentar vuestra morada diariamente y á la misma hora como hasta aquí, so pena de comprometer vuestra tranquilidad doméstica.

—Y ¿quién es el menguado que se atreverá á calumniar?.:..

—Vamos, sed mas razonable, y tomaos el trabajo de analizar detenidamente la índole del peligro, que tal vez en este mismo instante *nos amenaza* y que tengo el disgusto de anunciaros.

—Alberto! Alberto! me haceis temblar, no por mí: yo no tengo nada que temer en el mundo: sino por vos, por vos, amigo mio!

—¡Oh! en estos momentos os hallais *tan unida á mí*, que participariais al menos de los chispazos.

—En nombre del cielo! hablad! hablad! os lo suplico, si peligra vuestra seguridad individual, yo os ocultaré donde nadie podrá hallaros; donde serán inútiles las pesquizas de todos los esbirros: no os inquieteis por mí, os lo repito, yo no soy mas que una pobre muger que á nadie teme, y de quien nadie se ocupa.

—¡Perdonad! y antes de todo, tened presente, que los acontecimientos que voy á esponer, á vuestra consideracion, no solo entran en los límites de lo posible sino que es sumamente fácil que así sucedan.

MARGARITA P. DE CELIS.

En una hoja verde del álbum de la Señorita Doña M. D. Maestre y Cózar.

En este verde papel
mis versos quiero grabar,
porque llegues á encontrar
esperanza siempre en él.
Que vida sin esperanza
es un campo de ceniza,
es un mar que no se riza,
es invierno sin mudanza.
Y pues suele suceder
de este valle en la carrera
esta dulce compañera
que nos alienta perder.
cuatro palabras no más
decirte quiero, Dolores,
por si se agotan las flores
que feliz hollando vas.
Si por desgracia algun dia
te ofreciere el mundo abrojos
que arrancaren de tus ojos
triste llanto de agonía,
Tu mirada eleva al cielo,
donde está la realidad,
que fantasma es en verdad
cuanto nos presenta el suelo.
Ilusion es, porque pasa
y del sueño solo queda
un fantasma de fáz leda
ó un rayo ardiente que abraza.
Mas no quiera Dios que ahora
con mis tristes reflecsiones
aje yo las ilusiones
de tu juvenil aurora.
Quiera al contrario el Señor
poblar de flores tu huella,
y que nunca de tu estrella
se mitigue el resplandor.
Mas si ves su claridad
por acaso amortiguada,
eleva al cielo tu mirada
donde está la realidad.
Y aqueste verde papel
con sus sencillos renglones
quitará á tus decepciones
algun tanto de su hiel.
Porque recordar del cielo
las esperanzas divinas
embotar es las espinas
desgarradoras del suelo.

ROSA BUTLER.

Setiembre de 1857.

EL MUNDO DE LOS PAJAROS.

(CONTINUACION.)

Pudiera responder al economista que hiciera un gesto de compasion al leer este pasage, que mi intencion no es escribir para él, sino solo enseñarle que el aprovisionamiento de palomas efectuado hoy en Paris ecsijia cien veces mas esfuerzos de inteligencia y tiempo que la solucion del famoso problema de Malthus, en el que se ocupan ha mas de veinte y cinco años, y que yo haria comprender al mas sordo en menos de dos minutos por medio de la rosa doble, de una carpa ó de un conejo.

Es bien cierto que si el hombre ha llegado á fuerza de perseverancia y sostenida atencion á domar el selvático humor de las palomas, y hacerles comer en la manos, llegará á conseguir sin gran trabajo atraer á todos los demás pájaros á su servicio, porque todo es empezar. Pero que no olvide el hombre que la iniciativa en todo enlace ó reunion de este género pertenece esclusivamente á la muger.

Y es esto tan cierto, que si viniese en talante á algun estúpido Pachá de policía privar del jardin de las Tullerías á la linda juventud parisiense, para conventirlo en un campo de Marte, ó en una sucursal de la Bolsa, las palomas desertarian antes de seis meses de su perdido paraiso. Las palomas han dejado el Lucsemburgo desde el nefasto dia en que el noble paseo consagrado á los amores y á los estudios de la juventud ha visto elevarse en su recinto innobles garitas y campamentos, en donde el pantalon rojo ha invadido sus solitarias alamedas, y en donde la voz de mando: *Apunten, fuego*, ha reemplazado al estrépito de la infantil alegría.

Desde este dia el resto de palomas que quedó en el Lucsemburgo tomó vuelo hácia el lejano bosque, para dar al jardin del pueblo soberano sus aderezos naturales, sus parejas de amor y sus parejas de palomas.

Así estas tienen afecto á las Tullerías porque los corazones amantes, de que son emblema, están allí en mayoría, y porque se exhala de su ardiente seno un perfume amoroso de felicidad que corresponde á sus íntimas simpatías, las atrae y las encanta, y ellas abandonarian las sombras del gran estanque si dejase de ser el lugar de la cita habitual de una sociedad elegante y escojida.

Prevengo de todas veras á mis lectores, que la historia de los pájaros como la de las abejas, hormigas y flores materia es fecunda en aplicaciones poco agradables para ellos. La historia de los pájaros prueba, en efecto, que todo gran pensamiento viene del corazon.... y que este ocupa mas lugar en la muger que en el hombre.... y que si la muger es menos fuerte que él en geometria y en temas, ella le es superior en todas las funciones en que las afectivas entran en juego como en el amor y la danza, el drama y la ópera. ¿Qué es un actor al lado de una actriz? Bien poca cosa. Dios, haciendo al hombre tan plano de pecho, lo ha privado de los mas bellos movimientos oratorios.

La historia de los pájaros me ha confirmado una gran verdad, que todos los niños de tierna edad han podido vislumbrar al través de los besos y adoraciones de sus madres, á saber, que de todos los amores el mas sublime y mas etéreo es el amor maternal. De esto no tiene la culpa el hombre, seamos justos con él, si Dios no ha querido gravarle este sentimiento en su corazon; pero es la verdad que su conformacion y naturaleza se oponen á que dicho sentimiento germine y se desarrolle en él. La madre ama á su hijo. El hombre no ama mas que al hijo de *otra*. Es Abraham que consiente en asar á su hijo, creyendo con esto agradar al Dios de los judíos, y que no se ruboriza de alabarse mas tarde por ello, como de un acto meritorio. Jamás se hubiera atrevido un Dios humano á ecsigir de una madre el quemar á su hijo. Y á propósito de esto hago observar que los Dioses de la Grecia eran mas mugeres que el de Judea, pues que condenaron á un suplicio espantoso á Tántalo, por un crímen semejante al de Abraham, pues solo se diferenció en que aquel puso á su hijo en una estufa, y éste en parrillas para asarlo.

Por mi parte no temo en entregarme con fervor al culto de Cupido, y no retrocederé sin necesidad, ante la apología del amor que simboliza la elipse en focos convergentes; pero el fervor de este celo no podrá impedirme el ver que en este amor elíptico, el mas sensual y egoista cadà uno se ama á sí mismo. Ahora bien, como hay mas felicidad que mérito en ser dichoso, convengo en que sea envidiable la de los amantes, pero no estoy conforme en que por ello se les premie. No, el ideal de la ternura consiste en amar para ellos á los que se ama y adherirse á las gentes en proporcion de los males que os hacen sufrir. No conozco quienes amen de esta suerte en el mundo mas que las madres, las que idolatran á su progenitura en razon directa de la fealdad é imperfecciones de nacimiento, y se apegan con preferencia á aquel de sus hijos, cuya educacion mas cuidados, angustias y desvelos les ha costado. El hombre tiene mucha razon en estar siempre zeloso de la muger.

He visto madres de veinte años á lo mas, disponiéndose para ir á un baile, tener que renunciar al tocador y á las esperanzas mas legítimas de divertirse, y despojarse de toda su armadura de batalla para obedecer á los feroces caprichos de una chica ó chico impertinente, que estaba acostumbrado á no entrar en sueño hasta que la madre no se *arrimase á la cuna y pusiese la mano en su mano*. Y lágrimas de admiracion corrian de mis ojos ante el espectáculo de esta resignacion, de este martirio. Buscadme otros amores que se hagan obedecer así. Buscadme en todas vuestras historias una ilusion mas natural, mas sublime que la de la pobre madre, á quien un afligido maestro escribe que es indispensable retire á su hijo del colegio, *en atencion á que nada puede enseñarle*, y que encuentra en esta declaracion una prueba sin réplica de que *su hijo lo sabe todo*. No perdono á la historia el olvido de no haber consignado en sus anales el nombre de la digna muger, mas digno ciertamente de pasar á la posteridad que el de Cornelia, madre de los gracos.

La ternura de estas madres es capaz de todo. Mucho se ha burlado el mundo de la admiracion entusiasta del buho por sus hijos y es sin razon. El buho va de buena fé cuando describe al águila, su amigo de fecha reciente, la belleza sin par de su progenitura. Todas las verdaderas madres y todos los pájaros están en esto. Dichoso el buho, emblema de la impostura religiosa y del obscurantismo, sino tuviese sobre sí otro crímen que la ecsageracion de la ternura maternal.

Debe gozarse sobremanera con el amor maternal, cuando los dioses se pusieron furiosos de celos por la felicidad de Nubé.

La naturaleza que nada crea sin motivo, ha simbolizado el omnipotente encanto de esta santa afeccion en el suave y penetrante perfume del junquillo. Muchas jóvenes madres que sin saber porque prefieren el olor de esta flor adorable al del clavel ó al de la rosa, me agradecerán quizás el que les haya esplicado la razon de esta su predileccion instintiva.

Este poder de favoritismo, de atraccion concedida por Dios á la muger, ante la cual todo se rinde, hombre y bestia, no es solamente el carácter que revela la superior esencia del ser, es el signo revelador de su mision gloriosa, el sello del vaso de eleccion.

La vírgen de Nanterre, que arrojó á los Flunnos de Paris, tenia el don de encantar á las bestias, como su homonimo de Bravante, cuyas tribulaciones os han hecho verter tantas lágrimas el espectáculo de las sombras chinescas. Juana de Arco, que arrojó á los ingleses de Francia, y que tambien era pastora, no podia dar un paso en la llanura sin que acudiesen á ella todas las aladas criaturas del buen Dios.

Por ausencia de la traductora,

MARIA JOSEFA ZAPATA.

COSAS QUE ME FASTIDIAN.

A mi querida amiga la Sra. Doña Francisca de P. S....

No vayas á figurarte, al leer el epígrafe de este artículo, que tengo un carácter displicente, de esos para quienes la mas leve incomodidad basta á proporcionarles un berrenchin mayúsculo, no: afortunadamente soy todo lo amable que puede serse, y por tanto no me sofoco, como suele decirse á dos tirones.

Sin embargo, á la sombra de las consideraciones sociales y de una mal entendida urbanidad y cortesía, se han establecido tantos abusos, que á cada momento se vé uno espuesto á perder la paciencia; y á algunos de estos abusos es á lo que precisamente voy á contraerme.

¿Donde hay suficiente calma para aguantar que cualquiera, escudado con las ecsigencias de esa mal llamada cortesía, se crea autorizado á proporcionarle á uno mil molestias? ¿Por qué en los momentos en que mas feliz se cree uno ha de venir un prógimo á interrumpir aquella felicidad, sin que, por temor á quebrantar las leyes de la etiqueta, pueda uno demostrarle su reconocimiento? Costumbres hay que debieran ir desapareciendo poco á poco ó de una vez de entre nosotros, y esas costumbres pertenecen al número de las *Cosas que me fastidian*.

¿Por ventura es uno fumador? ¡Dios se la depare buena! O renuncia á fumar en público, ó se convierte en porta-mecha: ya no se pertenece á sí mismo; se halla á merced de todo el mundo. No dá cuatro pasos sin que un quidam le detenga con la frase sacramental de *¿me hace usted el favor de su candela?* ¡Pero de qué modo! El que la pide no tiene la menor consideracion, no hace caso de que uno vaya despacio ó de prisa, de que se encuentre hablando con otro, de que acompañe señoras ni de nada: para él todo, absolutamente todo, es igual, en dando las *gracias* queda suficientemente pagada la molestia; menos muchos que por ahorrarse saliva y cumplimientos la piden por señas, y despues de apagarle á uno las mas veces el cigarro, cumplen con volver tranquilamente las espaldas sin mas ceremonia. En ellas merecian estos tales que se les diese lumbre con un buen garrote. ¡Cuánta falta hace una ley de proteccion para los fumadores!

Si antes de ahora podia en cierto modo disculparse esta incómoda costumbre, despues de la invencion de los fósforos se vá haciendo cada vez mas insoportable. Si yo fuera autoridad publicaria sobre esto un bando, tan severo, que se habian de chupar los dedos de gusto tanto cernícalo como se disputa á cada momento la ocasion de incomodar al prógimo. Dirás que la cosa es una friolera; pero es porque te hallas esenta de cumplir ese penosísimo deber de cortesía. Los antiguos egipcios esperimentaron por su mal las terribles plagas de Pharaon; pero entre ellas no sé que hubiese ninguna comparable á la de tanto importuno como pide la candela á cada paso, dejando mas agotada nuestra paciencia que agotados quedan los algibes de esta hercúlea ciudad en un año escaso de lluvias. Pues apesar de todo, en el trato social se conceptúa como falta grave de urbanidad negar la candela al que la pide, cuando en esto es en lo que debiera consistir la falta.

Por desgracia no es esta la única incomodidad que, cual otra espada de Damocles pende de continuo sobre nuestra cabeza: todavia hay otras plagas sino mas, al menos tan fastidiosas como la que he citado. Ya el forjador de noticias que le llena á uno á cada paso la cabeza de embustes que ni aun siquiera tienen el mérito de ser verosímiles; ya el que tantas cuantas veces le encuentra al dia le ençaja mil cumplimientos, y á los cuales, sopena de pasar por mal criado, hay que dar estrecha cuenta del estado de salud en que se encuentra uno y toda su familia por numerosa que sea: ya los que le manosean la ropa que lleva puesta y se informan minuciosamente de cuánto le ha costado cada prenda, qué sastre las hizo, cómo, cuando y de qué modo compró el reloj, cuántos centros tiene, si es ingles ó ginebrino y otras mil preguntas á cual mas impertinentes, que á nada conducen y que las mas veces suelen hacerle á uno perder un tiempo precioso.

Pues si de aquí paso á los que dan en confiarle á uno sus amoríos y en pedirle consejos sobre qué medio será el mas conveniente para conquistar el corazon de la beldad por quien suspiran; á los que piden libros prestados y no los devuelven; á los atolondrados que por mirar á todas partes le estrujan á uno los callos sin misericordia; á los que por blandir el baston á guisa de tambores mayores le echan á uno al suelo el sombrero ó casi le vacian un ojo, y á otros mil importunos como pululan por todas partes, ya tendria materia sobrada para escribir no un artículo sino un volúmen.

Apesar de ser tantas no son estas todavia las únicas impertinencias que por no aparecer mal educados estamos obligados á sufrir pacientemente. Hay una plaga de hombres á los que yo condenaria de buena gana á perpetuo ostracismo: estos son los que careciendo de toda instruccion se lanzan á escribir para el teatro, dando en la endemoniada manía de leer sus composiciones á todo el mundo. A no apartarlos de sí á garrotazos, no hay medio posible de evitarlos. Uno de estos tales se empeñó no hace mucho en que me habia de leer una zarzuela que por entretenimiento, segun decia, tenia compuesta, y la cual se hallaba decidido á someter al fallo del público, cuando encontrase una empresa teatral que, sin reparar en ninguna especie de gastos, se decidiese á ponerla en escena.

Los presentimientos rara vez engañan: yo no conocia á aquel hombre, y sin embargo llegó á hacérseme temible. No tenia la ventura de salir á la calle sin encontrarle: diariamente iba tres ó cuatro veces á mi casa sin resultado, pues previendo el rato que me aguardaba, para él nunca estaba en ella: en fin, por no oir la lectura de la tal zarzuela huía de él como el tramposo de sus acreedores. Pues por no pasar plaza de descortés, hube de oirla á pesar de toda mi repugnancia.

Llegó un dia á mi casa á comer algo mas tarde de lo que tengo por costumbre. Al entrar en el za-

guan veo destacarse una figura pálida y ojerosa, cuyo cuerpo se hallaba envuelto en un frac azul de aquellos que se usaban en los tiempos de la PITITA y del PON-PON. Era el autor de la zarzuela, el cual, con un enorme manuscrito debajo del brazo, vino á mí deshaciéndose en cumplimientos y suplicándome encarecidamente tuviese la amabilidad de oir la lectura de su obra; obra que, segun decia, era el fruto de largas vigilias, y la cual se prometia hiciese resonar su nombre en alas de la fama por todos los ámbitos de la monarquía. Además, traia la pretension de que lo recomendase á algun amigo periodista á fin de que se ocupase de ella con el mayor interés, ofreciéndome en recompensa la dedicatoria de aquel colosal parto de su ingenio, y á mas á mas su eterno reconocimiento.

Por mucho que traté de escusarme, por mas que le hice presente que iba á comer y que en seguida tenia que salir á evacuar un asunto urgentísimo; nada bastó á librarme de él, pues tomando por escusa que los ingenios debian protegerse mútuamente, se coló tras de mí, sin ceremonia, protestando que no queria causarme la menor molestia ni el mas leve estravío, pues mientras yo comia él me leeria su zarzuela.

¿Qué habia de hacer? No me quedaba otro recurso que ó someterme á su voluntad ó aplicarle la punta de la bota en sitio oportuno. Por cortesía opté por lo primero, de lo que no tardé en arrepentirme: mejor hubiera sido optar por lo segundo.

Empezó su lectura y con ella uno de los mayores tormentos que yo haya pasado en mi vida. La zarzuela era del género de ciertos dramas de gran espectáculo: allí, sin órden ni concierto, danzaban en confuso tropel personages de la historia antigua y moderna; (para que nada le faltase era tambien histórica) allí habia batallas, asaltos de ciudades, torneos, combates á pie y á caballo, tempestades con su correspondiente acompañamiento de truenos, rayos y centellas; silvaban los vientos un ária coreada, jugaba la artillería en la propia escena.... en fin, no habia mas que pedir. Mi casa se convirtió en un infierno en miniatura; el autor recitaba ó cantaba alternativamente en todos los tonos conocidos; accionaba, gesticulaba, imitaba (cuando lo pedia la accion) el bramido de los vientos y el estampido de los cañonazos, moviéndose en todas direcciones, en términos tales, que rompió la silla en que se hallaba sentado: mi esposa estaba asustada, creyendo que aquel hombre se habia escapado de la casa de dementes; los chicos lloraban; el perro ladraba; el gato, espantado, con la cola erizada, bufaba en un rincon en ademán amenazador, y hasta el gallego, que no comprendia jota de lo que pasaba, miraba con prevencion á aquel energúmeno, que tal parecia el entusiasta autor.

Yo no sabia qué hacerme; de buena gana le hubiera arrojado por un balcon; por fin, agotada ya mi paciencia, terminé aquella escena de nuevo género, interrumpiendo al importuno poeta cuando acababa de concluir la lectura del sesto acto, para suplicarle encarecidamente que dejase el resto para otra ocasion. Trabajo me costó hacerle tomar el portante, pues estaba empeñado en leerme otros cuatro actos que aun restaban y en los cuales, segun decia, entre varias lindezas por el estilo, habia una lluvia de fuego, un combate naval, una ejecucion de justicia, un baile de máscaras y una proclamacion. ¡Dios me libre del tal autor como del cólera-morbo y las viruelas negras!

Finalmente, si fuera enumerando una por una las mil cosas que nos fastidian continuamente, haria este artículo interminable y concluiria por fastidiarte á tí y á los benévolos lectores del PENSIL, con el fastidioso relato de las *Cosas que me fastidian.*

JOSÉ R. FRANZ.

AL TRABAJO.

I.

Otro la guerra y sus furores cante;
Otro de los alcázares altivos
Pinte la vana pompa deslumbrante
Brindando á la ambicion sus atractivos.
El juego de la Bolsa repugnante
Otro describa con colores vivos;
Sus torpezas, del mundo escarnio y mengua,
No mancharán mi lira ni mi lengua.

II.

No las historias de los pueblos canto,
Que en la opresion fundaron su grandeza,
Que si del mundo su poder fué espanto,
Ludivrio fué despues su vil bajeza.
Los que siembran miseria, sangre y llanto
Por recojer coronas ó riqueza,
Por ser del hombre mísero señores,
No merecen ¡oh Musa! tus favores.

III.

Llore el poeta adulador su muerte;
Cante estasiado los aciagos dias
En que la ley basada del mas fuerte,
Repúblicas levanta ó monarquías
La caprichosa mano de la suerte:
Envidioso contemple las orjías
Del fiero vencedor, y cual la historia
Cubra al ladron del manto de la gloria.

IV.

Si con mengua, sublime poesía,
De la razon y el arte te ultrajaron
Los que tu númen mas favorecia,
Y en homéricos cantos ensalzaron
Los ciegos mónstruos, que con saña impía
En lágrimas y sangre se empaparon,
Yo, trovador oscuro, me levanto
Y del trabajo las hazañas canto.

V.

Hélos allí, soldados invencibles
De la infeliz humanidad desnuda,
Victorias alcanzar, tan imposibles,
Que al mirarlos vencer, el alma duda
Si misteriosas hadas invisibles
Prestan al hombre su celeste ayuda,
O si el hombre es un Dios, cuya potencia
No encuentra en la natura resistencia.

VI.

Héroes oscuros, cuyo nombre ignora
La torpe humanidad por quien murieron,
La torpe humanidad, que humilde adora
Los que de sangre y opresion vivieron;
De la justicia la solemne hora,
Que en sus celestes sueños entrevieron

Los grandes génios de la especie humana
Tal vez á la presente está cercana.

VII.

Entónces los aplausos de la historia,
Los grandes monumentos, los altares,
El pomposo laurel de la victoria
No serán mas trofeos militares.
Vuestro será el honor, vuestra la gloria,
Vuestro el amor de los paternos lares,
Atletas del trabajo, que fecundo
Sustenta y honra y enriquece el mundo.

VIII.

Ni miseria, ni sangre, ni ruina
Costaron á los pueblos sus laureles,
Que en vez del plomo ardiente que asesina,
Buriles son sus armas y cinceles.
Si las naciones su saber domina,
Y sus preceptos observando fieles,
Buscan en ellos su fecunda gloria,
Felices hará á todos su victoria.

IX.

Vosotros, los obreros laboriosos,
Aliviais de los pueblos el quebranto;
Los déspotas astutos y orgullosos
El mundo llenan de terror y espanto.
Estos de ageno mal viven dichosos:
Al pueblo aquellos dicen entretanto,
«Por tí mi brazo arrancará á la tierra
«Los ricos frutos que en su seno encierra.»

X.

Dicen, y cual legiones que se lanzan
A fiera lid en busca de la muerte,
Con ardor al trabajo se abalanzan
El ánimo resuelto al trance fuerte.
Donde sus brazos ó su industria alcanzan
Truecan la adversa en favorable suerte,
Y brotan á sus plantas con presteza
El bien, y la abundancia y la riqueza.

XI.

¿Arida está la tierra y duro el seno
A dar se niega el fruto deseado?
Allí el trabajador, de valor lleno,
Hondo sulco abrirá con fuerte arado:
El campo, antes estéril, será ameno;
El desierto de árboles poblado;
Y al hombre su premio rendirá en tributos
Abrigo y sombra y sazonados frutos.

XII.

El trabajo del hombre Dios bendiga:
De naves puebla el piélago profundo,
De alcázares la tierra y sin fatiga
Hiende los aires y domina el mundo.
¿Qué hay que por el trabajo no consiga?
¡Oh trabajo del hombre, su bien fecundo!
Tú arrancarás de la asombrada tierra
La envidia, el hambre, la opresion, la guerra.

XIII.

No mas el hombre fuerte abandonado
Luchando solo contra el mal sucumba;
No mas sea el premio del que vive honrado
Tras vida miserable oscura tumba,
Mientra el aplauso al vicio coronado
Del mundo por los ámbitos retumba,
Y dá la sociedad á su torpeza
Títulos mil y aplausos y riqueza.

XIV.

Producid para todos: los desiertos,
Los secos arenales infecundos
De frutos sean y de flor cubiertos.
Los hielos duros, altos y profundos
De contrapuestos polos siempre yertos,
Valientes deshaced, y de los mundos
En la esfera, la tierra, aunque os asombre,
Ocupará su puesto por el hombre.

XV.

Tal será tu mision sobre la tierra,
¡Oh raza humana envilecida y pobre!
Ni el hondo valle, ni enriscada sierra,
Ni los desiertos de la mar salobre,
De campo servirán á la impía guerra
Cuando á los hombres la riqueza sobre,
Y su *trabajo*, en pago á su desvelo,
De pesar EN PLACER trocará el cielo.

XVI.

¿El trabajo un placer? Utopia vana:
Necia ilusion, de realidad agena.
Siempre luciendo el sol en la mañana,
Brillará en mi poder y vuestra pena.
Al que trabaja la humildad cristiana,
La copa al fuerte de placeres llena:
Llanto y dolor hallar en su camino,
Es de los hombres el fatal destino.»

XVII.

No es la justicia ni el destino humano
Trabajar y sufrir, es obra vuestra;
Obra del egoismo, que inhumano,
De ignorancia ruin dá al tiempo muestra,
Buscando en la opresion del noble hermano,
Ancho camino á su ambicion siniestra.
El hombre, hijo de Dios, de Dios hechura,
El gérmen lleva de eternal ventura.

XVIII.

Si dais al vicio y á la estafa honores,
Si enalteceis á los que en guerra impía,
Siembran do quiera destruccion y horrores.
Si condenais á oscuridad sombría,
De miseria fatal á los furores
Al que trabaja con tenaz porfía,
¿Cómo quereis que en el trabajo vea,
Placer y honor el que gozar desea?

XIX.

¡Utopia! decís bien: ¡cosa es risible!
Mientras opriman la infelice tierra
Ignorancia ruin, maldad horrible,
Solo esperemos destruccion y guerra.
Es la felicidad un imposible,
Una utopia la paz, en donde cierra
Al trabajo sus puertas la fortuna
Y no le niega al vicio cosa alguna.

XX.

¡Ay! que en castigo de su error profundo
La muerte anida en su oprimido seno;
Que de sus vicios el gusano inmundo
Las flores trueca en repugnante cieno;
Y el cataclismo que amenaza al mundo,
Si no se aplica antídoto al veneno
Del egoismo, que do quier se muestra,
Será mañana realidad siniestra.

XXI.

¿Tan ciego el mundo está que la evidencia
No llega hasta su mente adormida?
Sí, ciego y sordo está, que la sentencia
No mira impuesta á su precaria vida
De su bárbaro orgullo en la insolencia,
Del egoismo, que en su entraña anida,
Y en torno esparce de la tierra inerte,
Odios, venganzas, destruccion y muerte.

XXII.

¡Dios, cuya sábia ley los orbes rige,
A cuyo impulso en órbitas girando,
Millones de astros la atraccion dirige;
Mira en la tierra, á ciegas caminando,
La pobre humanidad á quien aflige,
De miseria y error el mal nefando,
Perdida, estraviada en su camino,
Sin poder arrivar á su destino!

XXIII.

Inspira aliento al alma fatigada,
Que en las tinieblas del error sumida,
No acierta á ver la luz de la alborada
Del dia eterno de la nueva vida.
De la ciencia la luz inapreciada

En las tinieblas do el error se anida,
Penetrando á tu impulso omnipotente,
Trueque la duda en esperanza ardiente.

XXIV.

Feliz destino de la especie humana,
Del órden celestial trasunto vivo,
Sacra promesa, que en la Cruz insana
Hizo al mundo, del Gólgota el cautivo;
Por ti en mi pecho la esperanza mana,
Y enmedio á las tinieblas alzo altivo
El alma, que atendiendo al nuevo dia
Tinieblas y dolores desafia.

XXV.

Pueda mi débil voz, la confianza
Con que espero mirar feliz la tierra,
Reanimar en los pueblos, de esperanza
El claro manantial do el bien se encierra.
El trabajo, la paz y la abundancia,
Al dolor reemplazando y á la guerra
En que airado el mortal gasta su vida,
Del mundo harán la TIERRA PROMETIDA.

FERNANDO GARRIDO.

UN RASGO DE BERANGER.

Hace algunos años que Beranger fué á buscar á un amigo suyo que era banquero.

—Toma, le dijo, ahí te entrego treinta mil francos que he recibido, y no sé que hacer con ellos. No entiendo nada de bolsa, ni de acciones, ni negocios. Coloca este dinero como mejor te parezca, me entrego á tí enteramente.

El amigo se encargó de la suma. Durante algunos años todo fué bien, y Beranger recibió á su tiempo los intereses del dinero. Pero un dia su amigo el banquero, vino á verle y á llevarle los treinta mil francos.

—¿Por qué me traes ese dinero, y qué quieres que haga de él? dijo Beranger. Yo no te lo he pedido.

—No quiero tenerlo en mi poder mas tiempo, respondió el amigo, voy á retirarme de los negocios y liquido por consecuencia. Te devuelvo tu dinero, del que no quiero encargarme.

—¿Qué importa que abandones los negocios? replicó el poeta. Tú debes colocar ese dinero como amigo y no como banquero.

—No, no quiero ocuparme mas de negocios.

—Este no es un negocio, es un favor que yo te pido.

—Me es absolutamente imposible.

—Pues no te creo ni palabra. Tú me ocultas algo. Veamos, habla, aquí hay gato encerrado.

El amigo niega y sostiene que no hay ningun motivo secreto al devolverle el dinero. Beranger insiste, el amigo se turba y acaba por confesar que su situacion es muy comprometida; que ha sufrido pérdidas considerables, y que teme verse obligado á presentarse en quiebra añadiendo:

—Los clientes ricos pueden perder parte del dinero que han arriesgado en nuestros negocios; pero en cuanto á tí, esta es toda tú fortuna, tu no has especulado, no has pensado en arriesgar nada, y debes tomar tu dinero.

—Querido amigo, dijo Beranger, tú no te apercibes de que creyendo hacer una cosa justa y leal cometerias una accion reprensible, en la que yo jamás consentiria ser tu cómplice. Haces una quiebra de buena fé, no mereces reproche, no quiero que por mí faltes al deber, y yo no quiero faltar al mio. Vuélvete á llevar tu dinero.

El banquero enternecido volvió á tomar su dinero, á pesar suyo. Algunos dias despues se presentó en quiebra, y Beranger no recibió mas que la décima parte de su dinero.

No hay muchos hombres capaces de tal accion.

PARTE MATERIAL.

Este periódico se publica los dias 10, 20 y 30 de cada mes.

Precios de suscricion: en Cádiz 3 reales mensuales llevado á domicilio: fuera, 10 rs. trimestre, 19 el semestre, y 35 un año; advirtiendo que no se servirá suscricion que no se pague adelantada.

Puntos de suscricion: en *Cádiz* en la imprenta de D. Filomeno F. de Arjona, calle de la Torre, n.º 27, y en su despacho calle de la Novena, frente á S. Pablo: en la encuadernacion de D. Bernardo Nuñez, calle de S. José: en la de Aimé Bergerie, calle de S. Pedro, esquina á la de la Amargura; y en su redaccion calle de S. Rafael, n.º 13 moderno; donde se dirigirán toda clase de reclamaciones.

Fuera, en las principales librerías.

Por los párrafos no firmados,

JUAN MOLINA.

CADIZ: 1857.

Editor responsable: D. Manuel Pantoja.

IMPRENTA Y LITOGRAFIA DE DON FILOMENO F. DE ARJONA, calle de la Torre, núm. 27.